

Nº 73

(leg 1º P 49)

24 10 5

4

5.



DISCURSO

SOBRE

la Religión, la Moral y la Higiene como inseparables hermanas, que de consuno procuran la felicidad del hombre, conservándole la salud y prolongándole la vida.

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EL DIA 10 DE JUNIO DE 1857,

POR

D. Ignacio Miguel Lualgas y Guerris,

Profesor en Medicina y Cirujía, Conservador-preparador de piezas anatómicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, Catedrático sustituto que fué de la Escuela de Botánica y Agricultura teórico-práctica de la Junta de comercio de Cataluña, socio correspondiente de la Nacional Academia médico-quirúrgica de la misma ciudad, socio de mérito del Instituto médico-valenciano, autor y traductor de varias obras científicas y literarias.



MADRID. — 1857.

Imprenta de D. F. SANCHEZ, plazuela del Conde de Miranda, núm. 5.



U/Bc LEG 1-4 nc73 HTCA



1>0 0 0 0 2 6 3 3 2 9

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Creado el hombre para la sociedad: dotado de unas facultades intelectuales superiores á las de los demás animales por afines que sean en la escala zoológica: adoctrinado con las lecciones de sus predecesores y contemporáneos: maestro por su propia esperiencia en el camino de la vida: y fecundo en las operaciones de su admirable imaginacion creadora, apreciable don emanado del cielo, puede aun sembrar de flores el camino que vá de la cuna al sepulcro.

En medio de la sociedad en que vive, conserva indeleble impreso en su corazon un *sentimiento* de amor hácia

su Dios, á si mismo y á sus semejantes. *Amor á sus semejantes*, porque estos le defienden y le protejen, y la Moral le dice: «ama si quieres ser amado.» *Amor á si mismo*, porque la Higiene le repite una y mas veces: «conserva la salud si quieres prolongar los dias de tu existencia, viviendo exento de enfermedades.» *Amor á su Dios*, porque la Religion le aconseja que respete y adore al Criador del Mundo sino quiere ser ingrato á sus beneficios, ni irritar su justa cólera.

Hé aqui pues, que la Religion, la Moral y la Higiene, las tres de consuno, conducen al hombre por el camino de su felicidad, ahuyentando las enfermedades y alargando la vida.

El instinto de conservacion, que es una inclinacion con que se busca lo que *conviene*, y evita lo que *daña*, que le vemos fijo en todos los animales, sean de la especie que fuere, incluso los zoófitos, en el hombre le hallamos ilustrado por una *inteligencia* tan superior, que por sí sola nos enseña, que ella dimana de una parte inmaterial creada por Dios. Este solo *instinto* es el que guia á los demás animales hácia el amor, á la conservacion de la salud y á la prolongacion de su vida. Por él guardan limpieza en su piel con el baño; y con otros medios se preservan y curan sus enfermedades. Por el instinto, las aves desprecian las aguas sucias, ácidas ó encharcadas, bebiendo solo las claras, corrientes, y si puede ser en la salida de su mismo manantial. Sus nidos son limpios y colocados contra los vientos, y formados de modo, que

tienen toda la seguridad para prevenir, no solo el ataque de sus enemigos, sino el rigor de la estacion, etc.

Si la *Historia natural* pues con sus exáctas y repetidas observaciones, nos enseña cuanto acabo de decir, ¿no debe el hombre avergonzarse, que ilustrado con el precioso don de la mas fina inteligencia, al despreciar los avisos que el solo instinto enseña? ¿De qué le serviría esta superioridad de que tanto se jacta y lisonjea sobre los demás animales, si despreciase los preceptos de la Relijion de sus padres, de la Moral que le enseñaron sus maestros, y de los consejos de la Higiene para conservar su salud y prolongar su vida hasta el término que tiene señalado Dios á los séres de la humana especie? El inmortal Pascal, insiguiendo las sábias máximas del grande Agustín, dice: «Bastante luz » hay para cuantos ansian ver, y hay bastante obscuridad » para los que tienen una disposicion contraria.»

A pesar de lo dicho, vemos á menudo, por baldon y afrenta nuestra, menospreciar los saludables consejos y reglas de la Higiene, de la Moral y de la Relijion, con la suciedad mas asquerosa, con los vicios mas torpes y con el desprecio de las cosas mas santas y saludables. El hombre, que es el único eslabon que une las demás criaturas con los ángeles, hecho á imágen de su Criador, debe no tener en ménos el inestimable tesoro de la *inteligencia* para los solos impulsos de un brutal instinto. «Palpitante nuestro corazon, dice el abate Gaume, á impulso de un noble » orgullo, reconozcamos nuestra dignidad, y temamos de- » gradar, con actos indignos, la imágen augusta, que la

»mano de Dios gravó sobre nuestra frente y nuestro co-
»razon.»

Los preceptos de la Religión y los consejos de la Moral y de la Higiene, siempre unidos, dirijen á la felicidad y bienandanza de la predilecta criatura de Dios. Ved que consuelos presta la Religión al hombre aflijido por la adversa fortuna y por otras affixiones del espíritu: sobre su ulcerado corazón derrama el bálsamo que dá vida y salud. La *resignacion* que ella aconseja para las enfermedades del alma y del cuerpo, ¿no producen un maravilloso cambio á aquel sér abatido, que iba á sucumbir por una enfermedad consumtiva, por un tifus ó por una manía? Sin este consuelo espiritual ¿cuántos morirían por esas enfermedades que consumen y apagan la vida peor que el fuego y el acero?

La Moral regula nuestro modo de vivir, dándonos reglas para nosotros mismos, y sobre la conducta que debemos observar con todos nuestros semejantes, sean cuales fueren sus opiniones y la nación á que pertenecen. Ella nos ofrece un amigo para compartir nuestras penas y nuestros goces, y ¡ay del hombre misántropo! porque es un loco sin consuelo, un desgraciado que desconoce las dulzuras de la amistad. El hombre es un sér sociable, parecido á la débil yedra, que siempre busca do apoyarse para vjetar lozana.

Y la Higiene, cuyos reglamentos eran obedecidos por los caldeos y ejipticos como á preceptos sagrados, confirmando todo cuanto dispone la Religión y la Moral, añade

aun las reglas que conoce necesarias para la conservacion de la salud y prolongacion de la vida, respecto al ayre que el hombre respira, á los alimentos que toma, á los vestidos con que se cubre, al ejercicio, al sueño, á la vigilia etc. Señala finalmente y advierte los muchos peligros á que está espuesto por su frágil máquina y en medio de los mismos objetos que le mantienen y le conservan.

De lo dicho deduzco, que las tres, Relijion, Moral é Higiene, son tres inseparables hermanas, que en donde está la una, hallamos las demás para conspirar á un mismo fin, como voy á ampliar en este tosco y desaliñado *Discurso*.

RELIJION.

La destemplanza, Excmo. é Ilmo. Señor, la cólera, el mal-humor, la venganza, los celos, la pereza, la relajacion de costumbres etc. tan desagradables en la vida social, orijen de tantos males, y que la Higiene clama altamente contra los individuos que las poseen, son pasiones y vicios que la Relijion y la Moral reprueban tambien con toda enerjia y decision. Las tablas de la Ley antigua, obra

preciosísima del cielo, dadas á Moyses, son diez preceptos que tienden, no solo á dirigir el hombre para la felicidad eterna, sino tambien para hacerle feliz acá en la tierra. «De aquí se infiere, dice el ya citado abate Gaume, la siguiente verdad por desgracia tan poco conocida, que cada mandamiento de Dios, es para nosotros un beneficio y una prenda de felicidad aun en la tierra.»

La Religión al enlazarse con la Moral y la Higiene para dar preceptos saludables, se anticipa á ellas con su influencia divina, sofocando los jérmenes de las pasiones en su mismo origen. El ojo de Dios penetra lo mas recóndito del corazón humano; nada á él se le oculta. Esta verdad hace que, apoderándose el temor del hombre que proyecta un delito, desista al recuerdo de un castigo temporal y eterno; tema la justa ira de Dios; y evite las funestas consecuencias, la enfermedad y la muerte. ¿No es verdad que el temor de ser castigado por Dios, el goloso no se sienta en su opípara mesa, el colérico se reprime, el perezoso se levanta temprano de su mullido lecho, y el vengativo calma los ímpetus de su dañino intento? He aquí pues que los preceptos de la Religión se convierten en saludables consejos higiénicos, precaviendo y rechazando los motivos de una apoplejía fulminante en el colérico, de una calentura gástrica en el gloton y de un ataque convulsivo ó de un homicidio en el vengativo.

Por poco que hojeemos las páginas del gran libro de la experiencia veremos, que un solo consejo de la Religión, es suficiente para que el hombre abatido, recobre su calma,

y el que vive con remordimientos y agitado, los deponga y se sosiegue. Si el hombre abatido no se reanimase, ¿qué sería de él? Si el gusano de la conciencia roiese por mucho tiempo el corazón del hombre agitado por los remordimientos ¿cuál sería su resultado? En uno y en otro, la dolencia y la muerte. ¿Cuántas veces el mismo médico ha de valerse para prevenir ó curar enfermedades morales, de los medios que nos suministra la Religión, habiendo sido infructuosos y de ningún valor, los que aconsejan la Terapéutica y la Higiene?

El pudor y la vergüenza ¿no son un obstáculo muchas ocasiones para que el médico pueda formar un acertado pronóstico de ciertas enfermedades y vicios vergonzosos? En estos casos, que á veces ni sospecha hay ¿qué medio profiláctico escojerá el facultativo? Los veinte y tres años que cuento de práctica en la Medicina, me han enseñado mas de una vez, que el *onanismo* en la inesperta y viciosa juventud, no ha sido declarado al médico, por amigo que haya sido de la familia; y solo el director espiritual fué su depositario, quien con los consejos de la Religión, de esta Higiene sagrada, ha prevenido las funestas consecuencias de la *tabes dorsal*, de la temible *tisis*, tan comun en nuestros tiempos, y del *abatimiento é ineptitud* de las facultades del alma. Las obras de Tissot, las del médico trapense Debreyne, y de otros médicos moralistas, que tratan de las funestas consecuencias del *onanismo*, no siempre van ni pueden ir á las manos de la juventud.

Los antidotos de los pecados, que nuestros teólogos

llaman *capitales* no son otra cosa mas que seguros preservativos de las enfermedades y de la prematura muerte. ¿No aconsejan sabiamente la templanza contra el vicio de la gula? Ellos saben que la *gula* es el orijen de muchos males, y la *templanza* su contra-veneno. Convencidos Lesius y Cornaro, célebres higienistas del siglo pasado, hablando de esta virtud, esclaman: « ¡Oh templanza! ¡Diosa bienhechora! Tu eres digna de nuestros homenajes; porque tu precaves las enfermedades: conservas la hermosura: guardas nuestras personas: prolongas la vida: vinculas los placeres: perfeccionas nuestras facultades intelectuales: y sostienes todas nuestras virtudes. »

Además ¿quién detiene el freno de la *prostitucion*, de esta úlcera gangrenosa de las poblaciones numerosas, como dice sabiamente mi condiscipulo el Dr. D. Felipe Monlau en su Higiene pública, oficio tanto ó mas infame que el de verdugo, sino las sanas máximas de la Relijion de Jesucristo? Las consecuencias de su desprecio é indiferencia son muy públicas y notorias con el acrecentamiento del asqueroso mal venéreo, azote demasiado conocido en nuestro siglo.

Nuestra Relijion coarta tambien los perniciosos efectos de los vicios y de las pasiones con la privacion de reuniones tumultuosas, mímicas licenciosas, juegos de azar, y en los que se esponen grandes intereses, ociosidad, lectura de libros obscenos etc., que vician las buenas inclinaciones de nuestros jóvenes, faltos de esperiencia.

La *fè* y la *esperanza*, virtudes teologales, han salvado

mas número de personas del rigor de un contagio ó de una epidemia, que todos los preservativos pregonados para el mismo fin. Y ¡desgraciado del impío y del ateo! Las penas y las desgracias á sus ojos son un aguijon por su malicia, un motivo de injusticias é iniquidades. Muy al contrario del hombre de bien, cuyas dolencias por grandes que sean, son un mal pasajero y siempre pronto á merecerle eternas recompensas.

La *caridad cristiana*, que es la tercera de las virtudes teologales, virtud desconocida de los antiguos, ¿cuántos servicios ha hecho á la sociedad? Abrams la historia del cristianismo, y detengámonos un momento en ella para ver las muchas instituciones creadas al bien de la humanidad. La Orden de la Merced, redencion de cautivos: la Congregacion de Maria del Socorro para el auxilio de pobres extranjeras: la Orden de obreros piadosos para el alivio de todas las dolencias que aflijen al jénero humano: las casas de Retiro, de Expósitos y Maternidad, Hospicio, Misericordia, Infantes-huérfanos, servidos por las piadosas madres del gran Vicente de Paul. ¿Qué mas pide la Higiene en beneficio del hombre, que pronto su demanda será cumplida por la Relijion? Ved como acuden sollicitas las hospitalarias al socorro del apestado y del colérico, despreciando el rigor del contagio. En nombre de Dios hacen sus servicios, y de él solo esperan la recompensa. «Mis mayores amigos, decia Boerhaave, son los pobres, porque á Dios incumbe pagarme por ellos.» «Para precaver las enfermedades del hombre y hacerle feliz en este mundo, la

»Religion, dice Augusto de Chateaubriand, ha variado sus
»dones, distribuido sus tesoros y remedios, y difundido
»sus luces.»

La Religion que nada olvida para bien del jénero humano, manda, exige de los médicos que le juraron fidelidad, que tengan por norte la salud del hombre, porque si obrasen con egoismo, violarian la mas santa de las leyes de la Medicina. A pesar de vivir en tiempos de la Idolatria, el sabio de Coos, el grande Hipócrates decia: «que el médico verdadero es aquel que cura á sus enfermos con el auxilio de Dios, con la fé, y con un espíritu ageno de toda dureza.» *Qui enim bonus medicus est, is per Deum fide magis quam duritia medetur.*»

Tampoco olvida la Religion el ejercicio y las abluciones. Esas ermitas y santuarios levantados en medio de un bosque en la elevada cumbre de una montaña lejana de las poblaciones, invitan al cristiano á que sean visitadas en procesion y en caravana. Las fuentes santas, manantiales de aguas minerales, son otros tantos medios saludables que palian, curan y previenen en las dolencias humanas.

Influye igualmente para evitar los estragos de la guerra, la desolacion, el incendio, el sobresalto, las enfermedades y la muerte. La Religion con sus santas máximas, la detiene, y solo la permite cuando es defensiva para sostener los sagrados derechos de la Patria y de la ley de Dios. Aconseja á los principes y á los reyes, que en vez de usar de la fuerza y de las armas, traten sus intereses como

debiera hacerlo todo litigante, con la justicia y la razon.

Sigamos las ventajas higiénicas que aun brinda la Religión para el hombre. Ved como detiene con sus consejos las siniestras intenciones del panadero, que no solo se contenta con defraudar al prójimo con harinas de mala calidad, ó mezclando con ellas féculas de otras plantas tuberosas, leguminosas y gramíneas, sino que lo emblanquece y aumenta su peso con substancias venenosas. Ved á la codiciosa lechera, que intenta aguar y aumentar el volúmen de la leche. Al traficante de vinos, que artificiosamente y de un modo criminal, desea endulzar, astringir y colorar con productos quimicos, cuya intoxicacion es cierta. Su conciencia les grita: *non furtum facies; non occides*, porque es una máxima de la Religión, que la lleva en su memoria desde la cuna.

En donde mas brillan los buenos efectos de los preceptos religiosos, como preceptos de Higiene, son en el pobre delirante, en el hombre colérico, que en un exceso de frenesí, atenta contra su vida ó la de su prójimo. La Religión detiene su brazo ó aparta de sus lábios la copa fatal. Un rayo de luz divina ha penetrado en aquella inteligencia turbada. Aquí es donde la Higiene necesita el apoyo de la Religión, porque por si sola no basta.

Pocas pinceladas serán suficientes para pintar los tristes efectos del desprecio que se hace á sus preceptos. Basta ver el cuadro estadístico de la Francia, durante el largo periodo de su revolucion é incredulidad, y de nuestra amada Patria, imperando los funestos partidos á los que acom-

pañan el desprecio de las cosas santas y la desmoralizacion. El número de homicidas y suicidas es imponderablemente mayor que el de los tiempos de calma, de tranquilidad y confianza.

Finalmente, la Relijion atenúa el sentimiento que naturalmente se tiene de dejar esta vida. Le promete la felicidad eterna si sus acciones han correspondido á la ley. «En tanto que el ángel de paz, dice el autor del Genio del Cristianismo, descendiendo hácia el justo, toca con su cetro de oro en sus párpados fatigados y cierra deliciosamente sus ojos á la luz, muere sin que se oiga su último suspiro, muere, y cuando ya no existe, todos sus amigos permanecen algun tiempo al rededor de su cama, guardando silencio; porque creen que aun duerme. ¡Tanta es la dulzura con que el cristiano pasa á otra vida!»

¡Oh ley sublime de Dios! ¡Higiene santa, que conduces por la mano al hombre para el templo de la felicidad; no le abandonas ni aun en el mismo lecho de la muerte; tus leyes son para él, y en él te ocupas!

MORAL.

La segunda hermana de la Higiene es la moral; sus saludables consejos se estienden indistintamente á todos

los hombres de la tierra. Si posible fuese vivir en el aislamiento, ó tambien en compañía de los de la misma especie, pero en el estado salvaje, la Moral le guiaria del mismo modo por la senda del deber y de la virtud; le enseñaria su templo, y le mandaria prestar homenaje á su Diosa.

Las consecuencias de los actos de los hombres en el estado salvaje, serian el placer y el dolor, lo mismo que si viviese en sociedad, móviles de su felicidad ó de su desgracia. Las pasiones que brotarian de su corazon, la experiencia que adquiriria en la soledad, ó en compañía de los demás hombres en el desierto, los deseos y las necesidades, que crearia su estado salvaje etc. le dictarian ciertas obligaciones, que indispensablemente tendria que cumplir para consigo mismo y para sus semejantes.

Estas obligaciones, el hombre en el estado social, las considera como *deberes sagrados*, cuya violacion produce el delito y el castigo. El pacto social es inviolable; es un convenio que debe cumplirse entre hombre y hombre, ó entre nacion y nacion. Segun las condiciones de este pacto, unos mandan y otros obedecen para la felicidad de todos. De ahí las leyes, los premios y los castigos. Los primeros son para la virtud y los segundos para el vicio.

Un *Código* viene á conducir el hombre á la sociedad; y este *Código* es la *Moral*. Sus leyes señalan como virtudes, la justicia, la beneficencia, la templanza, el pudor, la caridad, la grandeza de alma, en una palabra, las mismas virtudes que ensalzan la Relijion y la Higiene para la conservacion de la salud de sus asociados. Asi como tam-

bien castiga los delitos, los vicios y los efectos transcendentales en detrimento del bien-estar de los mismos. Pues ella detesta la cólera, la venganza y la ingratitud, la pereza, la disolucion y la destemplanza, móviles de las enfermedades y de la muerte.

Esta gran *Ciencia*, es la ciencia de los reyes y de los súbditos, de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de los casados y de los solteros, de los padres y de los hijos, de los sabios y de los ignorantes, de los amos y de los criados, de los amigos y de los indiferentes; en fin todos entramos bajo el imperio de las sagradas leyes de la Moral.

El hombre debe doblegarse bajo la autoridad de su *Código*, si quiere vivir feliz. Sin moral no hay virtudes, no hay patria, todo se anonada y jime bajo el yugo de las pasiones sociales, que son el fomes de los males que afligen la especie humana. Contemplad una nacion sin Religion ni Moral: la venganza se sacia, el avaro amontona sin conciencia, el comerciante engaña, y todas las pasiones campean por las masas del pueblo. ¡Desgraciada la nacion que le falta el freno de la Moral! ¡Y feliz ella si sus leyes imperan por do quiera!

Sin Moral de nada valen las leyes fundamentales: los bandos de buen gobierno no son obédecidos: las precauciones para la salud del pueblo, son descuidadas: la sofisticacion de los artículos de primera necesidad, no es castigada: finalmente, el azote de las epidemias y de los contagios se hace sentir muy á menudo. ¿De qué sirven en

un pueblo inmoral los preceptos de la Higiene? Es por esto que en todos tiempos y naciones, los hombres sabios han trabajado para moralizar á los pueblos. La Filosofía se une á ella: la Religión manda observar sus leyes: y la Higiene le prescribe sus reglas.

La gran máxima de Cárlos Linneo, célebre naturalista, tratando del hombre dice: «para que este sea feliz, es necesario que primero se conozca á sí mismo.» *Nosse se ipsum gradus est primus sapientiæ*. El conocerse á sí mismo es el primer grado de la sabiduría para librarse de las enfermedades adherentes á su estructura física. «No es hombre el hombre, dice nuestro filósofo-moralista Codorniu, porque conoce, sino porque se conoce.» Lo mismo dijo Sócrates, «que era preciso que nos conociésemos á nosotros mismos.» Este conocimiento sirve para dirigir nuestras inclinaciones, consecuencia de la fragilidad de nuestro sér.

Dotado el hombre de unas facultades propias del alma, estudia su naturaleza, evita todo cuanto le es perjudicial á ella para no contraer enfermedades que quitan el reposo y el bien-estar. Los de temperamento sanguíneo y bilioso, son activos y fogosos, y la Moral les dice, *que no sean coléricos*; los de temperamento pituitoso son apáticos, y la Moral les avisa, *que no sean perezosos*; y los de temperamento nervioso son impresionables y sensibles, y la Moral les advierte, *que se fortifiquen y robustezcan con la voluntad y el ejercicio del cuerpo para vivir sanos y llegar á una edad madura*. En esto consiste el conocerse á sí mismo.

» tridas el ayre que tus ciudadanos respiran, derramando
» las enfermedades epidémicas, cuyas consecuencias son, la
» miseria, la horfandad y la muerte: protege la agricultura
» y el comercio, abriendo canales de riego y de transporte,
» formando vias ferreas, y alijerando lo mas posible, los
» impuestos que quizás gravitan con demasia sobre tu pue-
» blo, porque de ello se sigue la alegria y la satisfaccion
» de los ciudadanos, desconociéndose la miseria y la es-
» clavitud: visita los establecimientos de beneficencia, de
» detencion y de castigo, que están á tu cargo: procura que
» los acojidos, detenidos y penados que alli moran, respi-
» ren un ayre puro, se alimenten de substancias y bebidas
» sanas; no reciban malos tratamientos, porque son des-
» amparados, quizás inocentes, y al fin son hombres, que
» lloran su miseria ó expian sus estravios: seas padre de
» los pobres, porque entre la miseria habita el abandono y
» la enfermedad: juez rijido del fraudulento, porque en el
» fraude hay la maldad, el robo, y muchas veces el vene-
» no: finalmente, que el fiel de la balanza que está en tu
» mano, señale siempre la igualdad que manda la justicia,
» que te prescribe la Relijion, que te advierte la Moral, y
» la Higiene te aconseja. El premio de tu integridad es se-
» guro: *la salud y el agradecimiento de tu pueblo, y la ben-
» dicion de Dios.*»

Puede decirse que la Higiene pública solo se dirige á los gobiernos, á las autoridades y á las administraciones; es por esto que se la dá el nombre de *legislativa, adminis-
trativa, civil y legal.*

Los lejistas pues al formar las leyes fundamentales de una nacion , y las autoridades subalternas al redactar los bandos de buen gobierno, están obligados por la ley de Dios, por las de la Moral, y por las de la Higiene, á que tomen por norte la felicidad de los pueblos, el establecimiento del órden, de la seguridad personal, y la difusion del bien comun: *salus populi, suprema lex est.* La salud del pueblo es la suprema ley.

Y todos estos saludables consejos, ¿ no son afines é inseparables de los que mentamos, hablando de la Moral y de la Relijion?

Los gobiernos han palpado ya con la esperiencia, que solo es feliz el pueblo que obedece las santas leyes de la Religion, de la Moral y de la Higiene. Nuestros legisladores consultan ya sus sagrados cánones, pues que estienden la educacion por todas partes, imprimen en la primera juventud los preceptos de Dios, y adoptan, aunque paulatinamente, los consejos de la Higiene legislativa.

Hé aquí, Excmo. é Illmo. Señor, en compendio demostrado el objeto de mi discurso, esto es: *Que la Relijion, la Moral y la Higiene, son tres inseparables hermanas, que de consuno procuran la felicidad del hombre, conservándole la salud y prolongándole la vida.*

Este momento, en el que he tenido el honor de dirigir la palabra á V. E., y á todo este concurso literario y cien-

tífico, es el mas feliz de mi vida; nunca me quedará borrada de mi memoria la benevolencia con que habeis oido mi *Discurso*, pobre en conceptos y destituido de aquellas flores retóricas, que mueven el corazon y recrean el espíritu; pero grande es su objeto, porque versa sobre lo mas precioso y santo, que es la salud de nuestros semejantes.

Al mismo tiempo, Excmo. é Ilmo. Señor, y ántes de descender de esta cátedra, cuya ocupacion me envanece, no puedo dejar de dar las gracias á mi amada Reina y Señora (Q. D. G.) por haberme colocado frente al Gabinete anatómico de la Facultad de Medicina de la Universidad literaria de Barcelona, ciudad de mi nacimiento, con el honorífico titulo de Conservador-preparador de piezas anatómicas. =He dicho.





